

# **Software Libre frente a la Inteligencia Artificial: La Lucha por la Libertad en la Era del Tecno-Feudalismo**

**Fabrizio Solís Alpízar**

**Pavel Zamora Araya**

A lo largo del tiempo, las grandes corporaciones u organizaciones han privado a la comunidad de conocer cómo se crean los productos o servicios que ofrecen, con el único propósito de proteger sus intereses. Por naturaleza, los usuarios desean realizar cambios en los productos que utilizan, y, a su vez, las comunidades buscan la manera de mejorarlos para generar nuevos avances. Con el fin de proteger los intereses de los usuarios nace el software libre, que respeta la libertad de los usuarios y la de la comunidad, permitiéndoles ejecutar, copiar, distribuir, estudiar, modificar y mejorar el software. Esto significa que se pudo haber pagado por obtener copias de un programa libre o que estas pudieron haberse obtenido sin costo. Sin embargo, independientemente de cómo se hayan conseguido, siempre se tiene la libertad de copiar y modificar el software, e incluso vender copias (Free Software Foundation, s.f.a).

Si retrocedemos en el tiempo, la lucha por el software libre se remonta a finales de los años setenta e inicios de los ochenta, cuando casi todo el código y los programas de software eran de propiedad privada. Esto incluía una pieza fundamental para la interacción con el hardware de un equipo: el sistema operativo. En ese momento histórico, los sistemas operativos predominantes eran Unix y Apple DOS; posteriormente, surgieron MS-DOS, MacOS y Windows. A medida que estos sistemas operativos se expandieron, sus restricciones limitaron a usuarios y desarrolladores, impidiéndoles personalizar, mejorar o compartir el software. Para un grupo de personas, esto representaba un problema serio, por lo que dieron origen al proyecto GNU. Su objetivo era crear un sistema operativo compatible con Unix, ya que su diseño general estaba probado, era portable y permitía la compatibilidad, facilitando así la transición de los usuarios de Unix a GNU (Free Software Foundation, s.f.b). Sin embargo, programar un sistema operativo es una tarea sumamente compleja, ya que se compone de múltiples programas que deben funcionar de manera coordinada, en especial el núcleo. Durante los años 80, el proyecto GNU logró desarrollar muchas herramientas esenciales, pero le faltaba un *kernel* funcional. Precisamente en 1991, Linus Torvalds escribió

un *kernel* que fue adoptado por el proyecto GNU: Linux. De esta manera nació GNU/Linux (Welsh, Dalheimer, & Kaufman, 2000).

Este pequeño resumen del espíritu del software libre pone en perspectiva el enemigo común de todos los usuarios que desean la libertad que otorga el software libre: el tecno-feudalismo. El concepto de tecno-feudalismo, acuñado por Yanis Varoufakis (2023), describe la transición de una economía de mercado a un sistema en el que las plataformas digitales o empresas tecnológicas han desplazado a los actores tradicionales, convirtiéndose en los nuevos "señores feudales". Empresas como Google, Amazon, Microsoft y Meta han logrado monopolizar no sólo el acceso a los datos, sino también la infraestructura tecnológica y las condiciones del trabajo digital. Esto significa que, en lugar de operar en mercados abiertos con libre competencia, estas corporaciones han impuesto un ecosistema en el que cualquier empresa o usuario que desee interactuar con la tecnología debe ajustarse a sus reglas, pagando tarifas o cediendo datos a cambio de acceso. Esto ha generado una dependencia por parte de los usuarios y empresas más pequeñas, quienes deben ajustarse a las reglas impuestas por estos gigantes tecnológicos para poder operar dentro del ecosistema digital.

Estas mismas empresas son las que lideran el desarrollo de la Inteligencia Artificial (IA), que está transformando la manera en que interactuamos con la tecnología, automatizando procesos, optimizando decisiones y redefiniendo industrias enteras. La IA ha dejado de ser una promesa futurista para convertirse en una realidad cotidiana. Su avance, impulsado por el aprendizaje profundo, los modelos generativos y la integración con tecnologías como la automatización robótica, está revolucionando sectores clave como la medicina, la industria y la creatividad, generando oportunidades sin precedentes en eficiencia y personalización.

El uso de la inteligencia artificial tiene múltiples ventajas significativas. Entre ellas, la automatización de tareas repetitivas ha permitido optimizar procesos en áreas como el servicio al cliente y el análisis de datos, reduciendo la carga laboral humana y aumentando la eficiencia operativa. Asimismo, la IA mejora la precisión en campos críticos como la medicina y la aviación, disminuyendo errores humanos y garantizando resultados más confiables. Además, su capacidad para operar sin interrupciones permite una disponibilidad continua en servicios como atención al cliente, lo que incrementa la accesibilidad y mejora la experiencia del usuario. La IA también proporciona análisis en tiempo real, facilitando la

toma de decisiones estratégicas en empresas y organizaciones en entornos de cambio constante (Slack, s.f.).

Sin embargo, la IA también presenta desafíos significativos. Uno de los principales es el desempleo tecnológico, ya que la automatización puede desplazar a trabajadores en sectores que dependen de tareas rutinarias, aumentando la desigualdad laboral. El impacto varía según la industria: en la manufactura, los robots han reemplazado operarios; en la atención al cliente, los chatbots han reducido la necesidad de personal humano. De igual manera, otro aspecto importante es la creciente dependencia de la IA, ya que puede afectar el desarrollo de habilidades humanas esenciales para la resolución de problemas. También existen preocupaciones sobre la privacidad y la seguridad, dado que la IA maneja grandes volúmenes de datos personales, lo que la hace vulnerable a usos indebidos. Por ejemplo, los algoritmos de reconocimiento facial han sido utilizados en sistemas de vigilancia masiva, generando algunas preocupaciones sobre los derechos humanos. Otro problema es el sesgo en los algoritmos, que puede reforzar desigualdades en sectores como la justicia y la contratación laboral (Slack, s.f.). Finalmente, el desarrollo acelerado de la IA plantea dilemas éticos y de control, generando incertidumbre sobre su regulación y uso responsable en áreas sensibles como la vigilancia y la seguridad.

Aunque la inteligencia artificial es un gran avance, el acceso restringido a ciertos modelos de inteligencia artificial, como los desarrollados por OpenAI y Gemini de Google, limita la capacidad de investigación y desarrollo independiente. Esta situación impide que comunidades académicas, startups o países con menos recursos accedan a tecnologías de vanguardia sin depender de grandes corporaciones, lo que refuerza la desigualdad tecnológica y la concentración del conocimiento en pocas manos.

Para contrarrestar esta situación, es necesario fomentar los modelos de IA de código abierto, permitiendo que cualquier persona acceda, modifique y mejore sus capacidades sin estar atada a una entidad centralizada. El software libre y la inteligencia artificial abierta no solo fomentan la transparencia y el acceso equitativo a la tecnología, sino que también impulsan la innovación colaborativa. Históricamente, muchos avances digitales han surgido de comunidades abiertas, donde desarrolladores y expertos han trabajado en conjunto sin las limitaciones impuestas por intereses corporativos. Iniciativas como Linux o el Proyecto OpenAI en sus primeras etapas han demostrado que compartir conocimiento acelera el progreso y permite que más personas contribuyan al desarrollo de soluciones avanzadas.

Sin embargo, la creciente tendencia hacia la privatización de modelos de IA amenaza con limitar este ecosistema de colaboración. En lugar de innovar, muchas empresas buscan monopolizar el desarrollo de la inteligencia artificial, restringiendo el acceso a modelos potentes y dificultando la competencia. Este comportamiento empresarial no solo reduce las oportunidades de crecimiento para startups y proyectos independientes, sino que también refuerza la dependencia global de unas pocas corporaciones. El problema no radica en la existencia de grandes corporaciones, sino en la ausencia de mecanismos que eviten que actúen como monopolios y prioricen la eliminación de la competencia sobre la innovación.

Además, el acceso y control sobre la inteligencia artificial también se ha convertido en un tema de competencia geopolítica. Potencias como Estados Unidos, China y la Unión Europea están desarrollando estrategias nacionales para dominar el sector de la IA. Mientras que Estados Unidos lidera con empresas privadas como OpenAI y Google, China ha invertido agresivamente en inteligencia artificial, utilizándola en áreas como la vigilancia y la automatización de decisiones en sectores clave. Por su parte, la Unión Europea está promoviendo regulaciones más estrictas para garantizar un uso ético y responsable de la IA, lo que podría servir como modelo para el resto del mundo. En contraste, los países en vías de desarrollo enfrentan una desventaja significativa, ya que dependen de estas potencias tecnológicas para acceder a herramientas avanzadas. Esto no solo refuerza la brecha digital global, sino que perpetúa una nueva forma de colonialismo digital.

En definitiva, el acceso abierto a la inteligencia artificial es clave para democratizar la tecnología, fomentar la innovación y reducir la desigualdad. Sin embargo, es necesario encontrar un equilibrio entre apertura y regulación para evitar que su uso irresponsable comprometa derechos fundamentales. Solo mediante un esfuerzo global, que combine colaboración, políticas éticas y competencia justa, será posible garantizar que la IA beneficie a toda la sociedad y no solo a unos pocos actores dominantes.

Por lo tanto, la tecnología, en sí misma, no es ni buena ni mala. Su impacto depende de cómo se use, del contexto social y de los valores éticos que guíen su aplicación. Al igual que la energía nuclear, que puede generar electricidad o usarse en armas, la inteligencia artificial puede reducir desigualdades o consolidar el poder. La evaluación de una tecnología se basa en cómo resuelve problemas, siempre en relación con nuestros valores y el entorno.

Al final, las tecnologías que creamos son herramientas diseñadas para resolver los problemas a los que nos enfrentamos como sociedad. Sin embargo, su impacto y las

consecuencias de su uso no dependen únicamente de sus características técnicas, sino también de la manera en que las aplicamos. La ética y la moral de quienes desarrollan, regulan y utilizan estas tecnologías juegan un papel fundamental en determinar si su uso contribuye al bienestar general. Además, como señala Aguilar Gordón (2011), el impacto de la técnica y la tecnología en la humanidad es ambivalente, ya que su uso puede generar tanto beneficios como desventajas, dependiendo de cómo se apliquen para la construcción o destrucción del ser humano.

Sin ninguna duda, estamos en una revolución digital donde el acceso a la tecnología y los datos es el principal denominador. Partiendo del uso ordinario del término de revolución, esto aplica para los movimientos colectivos amplios disruptivos del orden social y jurídico que intentan reemplazar el poder supremo existente por otro distinto (Villoro, 1993). En este sentido, la digitalización ha traído consigo una disrupción sin precedentes en los ámbitos social, económico y jurídico. No obstante, surge la duda de si esta revolución digital es verdaderamente inclusiva o si, ya que, en realidad, estamos presenciando una mera reconfiguración del poder, donde las estructuras tradicionales han sido reemplazadas por nuevos actores con igual o mayor control sobre la información y la toma de decisiones. Aunque la tecnología ha democratizado el acceso a ciertos recursos, la falta de control por parte de los usuarios sobre sus datos y la influencia de grandes corporaciones tecnológicas sugieren que el cambio puede no ser tan emancipador como se presenta, sino más bien una transición de poder que deja a muchos en una posición de dependencia.

En conclusión, el desafío no es solo tecnológico, sino social y político. Se requiere un esfuerzo colectivo para garantizar que la Inteligencia Artificial, el software libre y la tecnología en general sean herramientas que empoderen a la sociedad en lugar de someterla a nuevas formas de control. Esto implica no solo diseñar mejores tecnologías, sino también cuestionar las estructuras de poder que las controlan. Solo a través de la concientización y el debate público podremos asegurarnos de que el desarrollo tecnológico responda a las verdaderas necesidades sociales.

## Referencias

Aguilar Gordón, F. (2011). La técnica y la tecnología: ¿bendición o maldición para la humanidad? *Enfoque filológico de la tecnología aplicada a la educación*. (11). pp. 123-174. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6123228.pdf>

Free Software Foundation. (s.f.a). *El software libre y tu libertad*. GNU Project. Recuperado de <https://www.gnu.org/philosophy/free-sw.es.html>

Free Software Foundation. (s.f.b). *Historia de GNU*. GNU Project. Recuperado de <https://www.gnu.org/gnu/gnu-history.es.html>

Slack. (s.f.). *Las ventajas y desventajas de la inteligencia artificial*. Slack. Recuperado de <https://slack.com/intl/es-es/blog/transformation/las-ventajas-y-desventajas-de-la-inteligencia-artificial>

Varoufakis, Y. (2023) *Techofeudalism What Killed Capitalism?* Bodley Head.

Villoro, L. (1993). Sobre el concepto de revolución. *Theoría. Revista Del Colegio De Filosofía*, (1), 69–86. <https://doi.org/10.22201/ffyl.16656415p.1993.1.59>

Welsh, M., Dalheimer, M., & Kaufman, L. (2000). *Running Linux, Third Edition*. O'Reilly Media.